

"LOS AÑOS BEBIDOS"

(HISTORIA DE UN "NAVEGANTE")

DAVID COBOS

“Esta es una historia de amor distinta, esta es la historia de amor, entre un hombre y una botella ...”

Mis amigos me llamaban “el navegante” y fui un alcohólico. Lo que me ocurrió a mí, le podría haber ocurrido a cualquiera. El alcohol destrozó mi vida e hice daño a cuantos me rodeaban. Cuando me di cuenta, mi única compañera era una botella. Cada noche dormía allí donde podía, y eso si me dejaban. Una noche en un banco de un parque, otra en una estación de metro, a la siguiente en cualquier calle, y casi siempre el cielo y las estrellas eran mi techo.

Intentaré hacer memoria, aunque nadie podría contar mejor esta historia que mi otro yo, ese en el que me transformaba cuando bebía. Para que se hagan una idea, éramos algo así como Jekyll y Hyde.

Creo que la primera vez que me emborraché fue en una fiesta. A aquella le siguió otra, y así fui encadenándolas durante años. Recuerdo que era demasiado joven y que siempre me lo pasaba muy bien, aunque al día siguiente no recordase casi nada. Lo mejor de aquella época era cuando nos reuníamos en el barrio los chicos y las chicas, comprábamos unas litronas de cerveza y todos alrededor de un banco de madera hablábamos de nuestras cosas sin molestar a nadie.

Los años fueron pasando casi sin darme cuenta y lo único que puedo decir es que al principio bebía para divertirme, para relacionarme mejor con la gente, para quitarme la timidez. Pero, cuando me quise dar cuenta, bebía ya por necesidad, para poder afrontar cualquier situación de la vida. Beber, me proporcionaba la seguridad que me faltaba, que necesitaba.

Mi vida podría haber sido muy distinta, si durante años no hubiese vivido en el interior de una botella, si no hubiese sido como esos hielos que naufragan dentro de un vaso de cristal, bañados en alcohol.

En cierto momento de aquellos años, me gané entre las amistades el apodo de “El Navegante”. A menudo pasaba de los amigos, salía sólo y sin rumbo, navegaba a través de la noche, de bar en bar, bebiendo una copa tras otra, hasta fundirme toda la pasta. Conocía a chicas casi todas las noches. Eso no resultaba difícil. Después de tomarme unas cuantas copas, se me agudizaba el ingenio, y hasta conseguía ser gracioso.

Al principio triunfaba bastante, de hecho no se me daban nada mal, pero la cosa fue cambiando y, con el tiempo, me di cuenta de que cada noche acababa con una chica más fea que la anterior.

Acabé padeciendo “el pánico del día siguiente”. Hubiese jurado que cuando me enrollaba con ellas todas eran guapísimas. Tras llegar a esa conclusión, decidí dedicarme sólo a beber.

Algún tiempo después, antes de echarme definitivamente a perder, tuve una compañera de borracheras que llegó a ser mi amiga del alma. Éramos tal para cual, vivíamos por la noche y bebíamos hasta el amanecer. Nos pasábamos las noches de los fines de semana recorriendo los bares, siempre con una copa en la mano.

Dalia era una mujer de alto voltaje y de gran corazón, pero había algo en su carácter que hacía que nuestra amistad peligrase demasiado a menudo. Sé que nos unió un gran cariño; hasta en más de una ocasión nos planteamos algo más. Pero la noche y las copas nos perdían, y al final ella conocía a alguien con quien se enrollaba, y yo, como de costumbre abandonaba el bar en el que nos encontrásemos para irme sólo a la cama. ¡Cómo nos gustaba la noche!, ¡y cómo nos perdía!.

A mí me proporcionaba la sensación de estar en algún lugar entre los sueños y la realidad. Recuerdo estando en casa, escuchar el canto incesante de una Sirena, y seguir luego escuchándolo toda la noche, de bar en bar. La noche tenía algo mágico, siempre era en blanco y negro, un cocktail explosivo de música, alcohol y cuerpos sensuales de

mujeres bailando poseídas por la música.

A lo largo de los cinco años que duró mi amistad con Dalia, lo compartimos casi todo, aunque como de costumbre, no recuerde casi nada. Me viene a la cabeza como fragmentos de un espejo roto, y mezclo los recuerdos de una noche con los de otras...

Conocí a Dalia en la barra de un bar de copas. Ella las servía y yo me las bebía. La primera noche que fui al Philadelphia creo que me tomé un par de copas, aunque pudieron ser cuatro. Si he de ser sincero, la verdad es que me sentí atraído por ella desde el instante en que la vi. Me gustó la forma en que vestía su cuerpo, su rostro de rasgos árabes, su pelo engominado hacia atrás, que hacían de ella una mujer distinta. Volví a la semana siguiente sólo para verla. Ella todavía recordaba mi cara. Aquella noche la pasé sentado junto a la barra, bebiendo una copa tras otra, y hablando con ella, en esos tiempos en los que los bares se quedan más apagados.

El resto de la noche la pasé observando a la clientela del bar, gente a la que iría conociendo en el transcurso de las semanas siguientes. Todos con historias que contar siempre que alguien que estuviese dispuesto a escuchar, algunas de ellas reales, otras fruto de los efectos del alcohol. Pero todos teníamos algo en común: todos bebíamos más de la cuenta; y casi todos lo hacíamos para evadirnos de la realidad para perder nuestra identidad durante unas horas. La noche, la música, y las copas nos ofrecían el marco ideal. De algún modo, difícil de explicar, copa en mano, sobre la barra de madera podía sentir el dolor de aquellos que acudían solos y pasaban la noche entre copas, sin despegarse de la barra.

Dalia trabajó allí un par de meses más; para entonces ya éramos amigos inseparables, hasta el punto de que todas las copas me salían gratis. Pero una noche me confesó que aquel trabajo la tenía muy quemada, y que lo que realmente deseaba era vivir la noche al otro lado de la barra. Comenzó entonces nuestra gran

aventura. Dalia tenía muchas amistades, y casi todas ellas se movían en la noche.

Tenía amigos que eran de relaciones públicas y amigas que trabajaban de camareras; y todos ellos nos invitaban a copas. Aquella fue nuestra perdición ...

Las noches de juerga solían comenzar en la zona de Huertas, en la barra del “No se lo digas a nadie” donde Dalia conocía a una camarera que nos trataba de lujo. Cada noche nos servía al menos cinco copas a cada uno. Creo que hablar, hablábamos poco, siempre me sentí incapaz de mantener una conversación en el interior de un bar de copas con la música a toda pastilla para luego quedarme afónico al día siguiente. En cuanto a las copas, no nos duraban mucho, éramos como esponjas. Nos apalancábamos en la barra y no parábamos de soplar.

Dalia era una mujer a la que le gustaba llamar la atención, sobre todo cuando salía por la noche; por ello solía ir muy arreglada y un tanto provocativa. Me gusta recordarla con ese vestido plateado muy ajustado a su cuerpo, a juego con sus zapatos de tacón alto. Siempre era el centro de las miradas de aquellos en busca de una mujer a la que mirar y desear mientras se tomaban una copa.

Cuando salía a la pista y comenzaba a bailar desplegando todos sus encantos, podía resultar tremendamente erótica; La temperatura del local subía varios grados y todos los hombres sin excepción, clavaban en ella sus miradas, mientras daban rienda suelta a su imaginación y las luces psicodélicas hacían el resto, ralentizando sus sensuales movimientos.

Pero Dalia sufría una transformación a lo largo de la noche. En cuanto se bebía unas seis copas, ya no era la misma. Algunas veces podía resultar inaguantable, porque todas esas cualidades que poseía, y que yo admiraba en ella, desaparecían. Era como estar con otra persona, que me recordase a ella, pero tan sólo físicamente. Además perdía la noción del tiempo, de tal modo que, fuese la hora que fuese, seguíamos en la barra de algún bar, aunque fuera la de un “after hours”.

Siempre bebíamos más de la cuenta, aunque Dalia tenía mucho más aguante que yo,

que a menudo acababa como perdido en medio de una especie de niebla espesa. Pero debía de tener una buena brújula porque, estuviese como estuviese, siempre encontraba el camino de vuelta a casa.

Ciertas noches quedábamos con la madre de Dalia y sus amigas y salíamos de marcha todos juntos. Eran casi todas mujeres ya maduras, rondando los cuarenta, con mucho entusiasmo y ganas de pasarlo bien. Si mal no recuerdo, todas eran separadas y con hijas, que algunas noches también se unían a la fiesta.

Con alguna frecuencia terminábamos en un karaoke de la Gran Vía a las tantas de la mañana, con “una buena chuza” y cantando lo que fuese. A veces, la juerga continuaba en casa de Dalia, desayunando, tomando copas, fumando y bailando, hasta que el sueño nos vencía. Era el momento en el que me iba a dormir a casa. El camino solía ser una odisea con todo ese alcohol todavía navegando por mi cuerpo tras un día entero sin dormir.

Era incapaz de caminar en línea recta; la luz del día me deslumbraba y yo iba abrazando a casi todas las farolas. Debía ser todo un espectáculo; pero en aquel estado, nada me avergonzaba.

Una noche, Dalia y yo discutimos. No recuerdo el motivo. No volvimos a vernos. Durante algún tiempo la busqué sin éxito en la noche, en cada rostro de cada mujer ... Habría jurado, que algunas noches su sombra caminaba junto a la mía.

Pasó algún tiempo, no sé cuanto; para entonces, ya no era yo. Había desarrollado una doble personalidad, compartía mi cuerpo con un alcohólico y vivía en dos mundos opuestos. Necesitaba al alcohol tanto como al aire que respiraba. Pasé a ser un irresponsable, que a menudo se malhumoraba con tremenda facilidad. Sin unas copas encima, no era yo. Cada día necesitaba beber más alcohol para sentirme “normal“. Me

costó admitirlo, pero acabé aceptando el hecho de que tenía un serio problema del que no sabía como salir. Pedí ayuda primero a los amigos, y después a mi familia. Todos hicieron lo imposible por ayudarme. Acudí a Alcohólicos Anónimos, intenté aprender a vivir sin beber, pero mis recaídas eran constantes ... Creí morir en el intento. No recuerdo cómo, ni en cuanto tiempo, pero acabé perdiendo todo cuanto tenía y malviviendo en la calle. El mundo a mi alrededor me era hostil, sólo el alcohol lo transformaba en otro mucho más agradable. Bebido me encontraba más sensible; me sentía demasiado bien.

Recuerdo la sensación de no tener memoria, de no pensar en nada, de estar como flotando. Todo era tan distinto ... Siguiéron días, semanas, en los que al no poder conseguir el alcohol que el cuerpo me pedía, éste se revelaba contra mí. Tenía temblores, alucinaciones, pesadillas. No diferenciaba el día de la noche, los sueños, de la realidad. Vagaba como un fantasma por las calles, con un aspecto desaliñado e irreconocible, padecía fuertes trastornos de personalidad. Para entonces, el alcohol era ya como la sangre que corría por mis venas. Éramos inseparables, vivía para beber: vino, cerveza, whisky, lo que fuese, y todo dependiendo del dinero que ese día conseguía mendigando por la calles. Entre copa y copa, botella tras botella, perdí la noción del tiempo y así pasaban los años. Vivía en permanente estado de embriaguez.

La vida indeseable de tantos años me pasó finalmente factura, y ya no había forma de volver atrás. Mi salud se fue deteriorando. Tenía graves trastornos digestivos, diarreas y vómitos. Acabé con el estómago tan encogido que ya no podía ni comer. Así no podía durar mucho. Borrachera tras borrachera, fui destrozando mi cuerpo y mi mente de forma irreversible, hasta que una noche dejé de existir. Lo cierto es que hacía ya mucho tiempo que vivía de prestado, si es que a aquello se le podía llamar vida.

Recuerdo aquella última noche en que bebí hasta no poder más. Navegaba, como de costumbre, en compañía de ella, la más bella, la botella. Cuando momentáneamente perdí el conocimiento, mi cuerpo se desvaneció y mi cabeza golpeó fuertemente contra

el suelo. Sentí un intenso frío, noté que estaba empapado, supongo que de alcohol y de sangre. Mis ojos permanecieron abiertos y vi una luz en la niebla. Pero no estaba sólo, pude escuchar unas voces a mi alrededor, o tal vez unas olas que rompían incesantemente. Finalmente mis ojos se quedaron fijos en un punto. Y aquella luz, que se asemejaba a la de un faro, se apagó para siempre.

Esa noche la muerte vino a buscarme; y creo recordar que, por el camino, nos tomamos al menos una copa juntos ...

FIN

2006

